

Marcel Schwob:

La rúbrica de las imágenes

Jorge Lebedev

En la primavera de 1905, en un sombrío departamento de la calle Saint-Louis-en-l'Île, moría Marcel Schwob (André Marcel Mayer), que había visto la luz en Chaville en 1867. En pleno auge de las letrillas sentimentales, el escritor, de constitución enfermiza, se extinguió entre montones de libros enmohecidos, recibiendo los negligentes cuidados de un criado chino en el corazón de la *Cité*, bordeada de malolientes viviendas habitadas por los últimos hijos de los *coquillards*. Quizá ninguna otra imagen pueda resumir mejor que ésta, recordada por el poeta André Salmon, la personalidad de ese gran burgués sin fortuna y apasionado erudito cuyo mundo literario fue sin embargo el mundo de los “incultos”. Instalado a lo largo de toda su vida en el centro de esa aparente duplicidad, Schwob construyó pacientemente historias de minuciosa belleza, como un escrupuloso científico de lo particular, haciendo de cada personaje y de cada palabra un hecho insustituible. Su obra, recogida en varios volúmenes, nunca obtuvo el reconocimiento de lectores masivos ni mereció premios de instituciones oficiales. Asombrosamente, ya en 1917 se publicaba en México una versión de *Mimes* realizada con pulcritud por el hacendado Rafael Cabrera, pero aquellos prematuros ejemplares no incluían *La rúbrica de las imágenes* (“Páginas vigorosas al mismo tiempo que llenas de gracia, en las que la fantasía y la sencillez se acercan a lo trágico”, como las describió Salmon), texto que aparece en la edición francesa de Mercure de France.

In quella parte del libro della mia memoria, dinanzi alla quale poco ai petrebbi leggere, si trova una rubrica...

Dante D'Alighieri

I

EL CRISTO DEL RUISEÑOR

Viernes Santo.

Cristo está en la cruz, agonizante.

Los discípulos, aterrorizados, huyeron.

María volvió, seca de lágrimas.

Él debe resucitar.

Pero no es él quien resucita.

Los discípulos han encontrado a otro, que se le asemeja.

Es éste quien aparecerá a María, a Magdalena y a los
[incrédulos peregrinos.

Cristo es abandonado.

Va a morir en la cruz en un páramo reseco donde hay
[un barranco colmado de zarzas.

Es domingo por la mañana.

He aquí que el impostor resucitó y Cristo, en su agonía, oye a lo lejos el rumor, las voces regocijadas que cantan:

[*Kyrie eleison.*

Luego todo calla otra vez.

El silencio nuevo del domingo santo.

Entonces aparece al borde de un agujero pedregoso una
[pequeña liebre.

Y sobre la rama de una zarza un pequeño ruiseñor llega
[y mira.
Y el pequeño ruiseñor le habla a Jesús.

II

EL RECUERDO DE UN LIBRO

El recuerdo de la primera vez que uno leyó un libro amado se mezcla extrañamente al recuerdo del lugar y al recuerdo de la hora y de la luz. Hoy como entonces, la página se me aparece a través de una bruma verdosa de diciembre, o resplandeciente bajo el cielo de junio y, cerca de ella, las queridas imágenes de objetos y muebles que ya no están. Así como, después de haber mirado largo tiempo una ventana, volvemos a ver, cerrados los ojos, las varillas negras de su fantasma transparente, también la hoja atravesada de líneas se ilumina, en la memoria, con su antigua claridad. El olor también es evocador. El primer libro que tuve me fue traído de Inglaterra por mi gobernanta. Yo tenía cuatro años. Me acuerdo nítidamente de su actitud y de los pliegues de su vestido, de un escritorio situado frente a la ventana, del libro de tapas rojas, nuevas, luminosas, y del olor penetrante que exhalaban sus páginas: un olor acre de creosota y de tinta fresca que los libros ingleses recientemente impresos guardan bastante tiempo. De este libro hablaré más tarde; en él aprendí a leer. Pero su olor me provoca todavía hoy el temblor de un nuevo mundo entrevisto y el hambre de la inteligencia. Todavía hoy, cada vez que recibo un libro de Inglaterra, hundo mi cara entre sus páginas hasta el hilo que lo cose, para sorber su niebla y su humo y aspirar lo que puede quedar de mi alegría de infancia.

III

EL LIBRO Y LA CAMA

Leer en la cama es un placer de seguridad intelectual mezclado con el bienestar. Pero cambia de naturaleza con la edad.

Recuerdo la página más interesante de la gruesa novela que devoraba una vez acostado, a la noche, cerca de los quince años, en el momento en que se enturbia, se oscurece, se borra, mientras la vela consumida hasta el cabo crepita, palpita azul en la palmatoria y se acaba. Me despertaba a la mañana antes de las cinco para sacar de su escondite bajo mi almohada los libros de cinco francos de la Biblioteca Nacional. En ellos leí *Las palabras de un creyente* de Lammenais, y *el Infierno* de Dante. Jamás volví a leer a Lammenais, pero conservo todavía la impresión de una terrible cena de siete personajes (si no me falla la memoria) que resonaba como un ruido de hierro fatal que reconocí más tarde en un cuento de Poe. Ponía el librito sobre la almohada para recibir la primera pobre luz del día; y, acostado boca abajo, el mentón sostenido por los codos, aspiraba las palabras. Nunca leí más deliciosamente. No hace mucho tiempo traté, una tarde, de retomar mi antigua posición de las cinco de la mañana. Me pareció insostenible.

Una encantadora dama esclava se quejaba un día delante mío de no haber encontrado nunca la posición “ideal” para leer. Si uno se sienta a una mesa, no está en comunión con el libro; si uno se aproxima, la cabeza entre las manos, parece que se ahoga en una suerte de reflujo sanguíneo. En un sillón, el libro pesa enseguida. En la cama, de espaldas, se toma frío en los brazos; a menudo la luz es mala, molesta volver las páginas y, de costado, la mitad del libro se escapa. No es ya la verdadera posesión.

He aquí, sin embargo, lo que hace falta aceptar. “Detestable para los ojos”, dicen las buenas gentes. Son las buenas gentes que no aman en absoluto leer.

Solamente la edad disminuye el placer del acto prohibido que no será descubierto y de la seguridad en que todas las audacias de la fantasía pueden bailar a gusto. Quedan la soledad frágil y tibia, el silencio de la noche, el velo dorado que bajo la lámpara da a las ideas y a los muebles lustrados la cercanía del sueño, la segura alegría de tener consigo, cerca del corazón, el libro que uno ama. En cuanto a los que leen en la cama, “contra el insomnio”, me hacen el efecto de indignos que, admitidos en la mesa de los dioses, piden tomar el néctar en píldoras.

Schwob construyó pacientemente historias de minuciosa belleza, como un escrupuloso científico de lo particular.

IV

LAS HESPÉRIDES

Leer a Herrick es leer abejas y miel. Las palabras relucen de aceite de flores, restregadas con nardo y salpicadas de gotitas olorosas. Sus versos vuelan a la eternidad con pequeñas alas de oro batido. No hace falta más que abrir *Las Hespérides* y humedecer allí enseguida los ojos como en un vapor de benjuí. Cada línea que aparece está pintada con un perfume que se sorbe con la mirada. Cera virgen y escarcha, rico polen de pistilos, nácar de mariposas, pulpa de margaritas rosadas. Su cabeza rizada y aquilina, que converge hacia la boca, sopla burbujas de oro. Estaba borracho de un vino que crepitaba en espuma de poesía. Beba sus canciones en lacrimatorios de vino muy delgado. Por un segundo estará rodeado de la primavera más blanca y del verano más amarillo. Pero no lea durante mucho tiempo: se ahogaría en un océano de rosas.

V

ROBINSON, BARBA AZUL Y ALADINO

El más alto placer del lector, como del escritor, es un placer de hipócrita. Cuando era niño, me encerraba en el granero para leer *Un viaje al Polo Norte*, comiendo un pedazo de pan seco mojado en un vaso de agua. Probablemente ya habría almorzado. Pero creía participar mejor de la miseria de mis héroes.

El verdadero lector construye casi tanto como el autor, sólo que construye entre líneas. El que no sabe leer en el blanco de las páginas no será jamás un buen gustador de libros. La visión de las palabras, como el sonido de las notas en una sinfonía, lleva una procesión de imágenes que lo conducen con ellas.

Veo la gruesa mesa mal encuadrada en la que come Robinson. ¿Come cabrito o arroz? Espere..., ya veremos. ¡Caramba! Se ha hecho un plato redondo, de tierra roja. He aquí que el loro grita; se le dará más tarde un poco de trigo nuevo. Iremos a robarlo a la pila de reserva, bajo el tejadillo. El *rum* que bebía Robinson enfermo estaba en una gruesa botella negra, con enrejado. La expresión *fowling piece* (arma de caza), que yo no comprendía demasiado, me proporcionaba las imaginaciones más extraordinarias acerca del fusil de Robinson (durante mucho tiempo creí que los *ico giants stupides* de las *Orientales* eran una especie de camaleones. Aún hoy fuerzo a mi fantasía para persuadirla de que no son más que gendarmes). ¿Cómo estaba hecha la lámpara de Aladino? A mi modo de ver, un poco como las lámparas de aceite de nuestra sala de estudios. También estaba



Carta de Marcel Schwob a su hermana Maggie



Schwob por Spicar Simson

ansioso por la manera en que se las arreglaba Aladino para vaciarla. El lugar en que era necesario frotarla con arena fina —las palabras no están en el texto, pero no puedo disociarlas de él, y es además con arena fina que la mujer de Barba Azul trata de borrar la mancha de sangre sobre la llave— se encontraba en alguna parte del curvo vientre de metal. Ahora sé que la lámpara de Aladino era una lámpara de cobre, con pico, redonda y abierta, como las lámparas griegas y romanas; pero no la veo más.

Volvamos a la llave de Barba Azul. Lo que me gustaba es que ella era “hada”, cosa que me intrigaba prodigiosamente. No lo comprendía en absoluto. Pero lo pensaba a menudo. Ay, es un error de imprenta que se preservó en la tradición. En la antigua edición (difícil de encontrar) se leerá que la llave era hada —fata— encantada, que con ella se había hecho obra de encantamiento. Está muy claro, sólo que ya no puedo soñar con ella.

La pantufla de vidrio de Cenicienta —qué precioso me parecía este vidrio, translúcido, delicadamente afilado a la manera de las pequeñas palmatorias de Venecia con las que habíamos jugado—, la pantufla era de tela, de *vair*. No la “veo” más.

Me imaginaba con gran precisión los olivos verdes y resplandecientes, salpicados con el polvo de oro en los vasos de Camaralzman, el muro un poco deteriorado, vetado de yedra, gris de musgo, lleno de sol, al pie del que el príncipe trabajaba junto al jardinero; la botica de Brededdin Hassan, que se hizo pastelero; la espiral clavada en la garganta del jorobadito; el grueso libro envenenado con sus páginas pegadas una contra otra y la cabecita de Durban soldada a la tapa de cuero marrón del libro por la sangre coagulada, como un cabo de vela sobre el sebo endurecido... Queridas, queridas imágenes cuyo colores amo tanto volver a ver cuando los encuentro bajo su rúbrica *nell libro della mia memoria*. [U]